

TORRES, HÉCTOR. (2012).
CARACAS MUERDE. CRÓNICAS DE UNA GUERRA NO DECLARADA.
CARACAS: PUNTOCERO.

Reseñado por Octavio Acosta
Universidad Central de Venezuela
octavioacostam@gmail.com

Héctor Torres en su libro *Caracas muerde* trata el tópico de la ciudad con un enfoque actual, y específicamente la violencia. Desde el título se puede inferir que la ciudad es vista desde el lado menos amable, desde esa cotidianidad que mantiene al caraqueño alerta, cuidándose las espaldas mientras atraviesa a paso acelerado la capital.

Con el subtítulo *Crónicas de una guerra no declarada* el autor deja entrever cómo la confrontación, la intolerancia y la impunidad se convierten en elementos cotidianos que los caraqueños hemos asimilado con resignación. La metrópoli siempre violenta, impredecible, hace que todos los días sean diferentes, que la rutina se aderece con algún vestigio de esa volatilidad con la que se mueve la ciudad.

Las treinta crónicas que incluye el volumen son alimentadas con los personajes más emblemáticos que posee la ciudad: motorizados, buhoneros, policías corruptos, ciudadanos variopintos de todos los niveles socioeconómicos. Ellos son los encargados de demostrar que la capital ha adquirido de forma generalizada un tono de violencia, que ya no es algo exclusivo de los barrios o vinculado a actos delictivos. En general el ciudadano se ha vuelto impulsivo, arremete contra otras personas sin medir las consecuencias de sus actos, bajo la creencia de que en la calle solo sobrevive el más fuerte.

Una actitud de la que incluso a veces nos sentimos orgullosos, como se demuestra en la primera crónica del libro «Un malandro caraqueño», en la que el narrador cuenta su enfrentamiento con unos delincuentes en Francia. Cuando otro lo tilda de loco por el peligro que ha corrido innecesariamente, este responde: «Loco no, caraqueño ¿con que cara cuento allá que me atracaron en París?» (p. 17). Caracas toma protagonismo dentro del relato de manera

particular, pues a pesar de que se desarrolla en París el protagonista siente que hay algo de su ciudad en él, algo de aguerrido y hasta de superviviente; es una actitud muy arraigada en el caraqueño, que cree que si ha sobrevivido a su ciudad es inmune casi a cualquier cosa.

La crónica «Sobre el estelar segundo veintiuno» relata un atraco en una parada de autobús. Lo interesante de este texto es que el narrador brinda distintas perspectivas de forma casi cinematográfica. Al principio muestra a los atracadores preparándose para dar el golpe a un joven que acaba de salir del banco; luego se traslada a la perspectiva de la víctima, sus gestos, sus pensamientos y sobre todo su silencio, que cargado de una profunda tristeza y molestia sobresalen durante el atraco; y finalmente culmina con las disparatadas observaciones que realizan los transeúntes y los curiosos que han visto el suceso. Esta forma de narrar le permite al lector experimentar con las distintas caras de un hecho, cómo se vive y se piensa cada rol dentro de la ciudad.

«Y de regalo, lo que queda de vida» es el título de una crónica que narra el último día de trabajo de un experimentado taxista que ha decidido retirarse y que se lleva una grata sorpresa al final de la jornada de trabajo. El narrador se centra en esta oportunidad en las experiencias del taxista rodando por Caracas, en los personajes tan particulares que ha conocido y cuenta algunas de las anécdotas que le han ocurrido durante más de veinte años recorriendo la capital. Una historia en la que la ciudad deja de ser un marco necesario y se funde con el personaje. El taxista tiene un imaginario vasto y único de la ciudad, aunque Torres pudo haber aprovechado la técnica puesta en práctica en otras crónicas y desarrollar un texto más cinematográfico, con imágenes más contundentes que mostraran la dinámica de la ciudad. El texto, en cambio, solo se queda en anécdotas, en pequeñas historias tangenciales que muestran lo mucho que el personaje ha vivido Caracas.

En la crónica «¡En este país nadie lee!» una muchacha que se desmaya en el metro se ve sorprendida luego por un ladrón poco común, que aprovecha la confusión para robarse solamente el libro que la muchacha llevaba en sus manos. Torres utiliza la misma estrategia narrativa que mencioné anteriormente. Esta vez las anécdotas se van hilando con personajes que la muchacha jamás

creyó que podían ser asiduos a la lectura (un muchacho que atiende una panadería y un camionetero se encuentran dentro de ese inusual grupo). Aquí se trabaja lo imprevisible que es la ciudad, los personajes tan raros que pueden encontrarse y que también nos sorprenden. Una crónica que deja al lector insatisfecho, deseando saber un poco más cómo es la visión de los clásicos literarios en la calle, pues el narrador pareciera abreviar o cortar los diálogos de aquellos que quieren desahogar su verborrea pseudo literaria a cualquier desconocido.

En «Miedo» Torres muestra cómo el temor a aquellos que consideras tus amigos puede llevarte a cometer un delito. Es el caso de Orlandito, personaje principal de esta crónica, que se ve envuelto, por culpa de su cuñado, en un acto delictivo que traman como venganza por su despido injustificado. Orlandito teme delinquir, pero por la presión de su cuñado acepta actuar. Cuando se encuentran en el lugar de los hechos las cosas se salen de lo planeado. Se pone de manifiesto el pavor de los asaltantes al ser descubiertos, el de la mujer que van a asaltar y el de unos transeúntes que por error se ven envueltos en todo el asunto. Se van describiendo las distintas caras del miedo y las distintas formas de actuar ante esta sensación. El texto concluye haciendo énfasis en que la vida en Caracas es igual que en cualquier otra parte del mundo, aunque particularmente, aquí, vivimos atemorizados.

En «Su propio santoral», la última crónica del libro, Torres vuelve a tratar el tema del miedo, aunque en esta oportunidad se trata del miedo a vivir por culpa de una enfermedad. Relata la historia de una muchacha que sufre de epilepsia y de convulsiones, la manera en que lleva su enfermedad y su aprendizaje para manejarse por la ciudad. El narrador cuenta un episodio en el que la chica sufre un ataque manejando a su casa y es ayudada por un empleado de una gasolinera. Durante todo el relato hace énfasis en el peligro que constantemente corre la chica por culpa de su enfermedad; cuando recibe ayuda por parte del extraño, este se dibuja como un asaltante, alguien que desea aprovecharse de la situación. Más adelante se descubre que no hubo mala intención por parte del empleado, que más bien la rescató de «unos tipos raros en un carro» (p. 173). Se devela en esta última crónica un personaje muy humano, alguien de buenas intenciones que funge de héroe. Un personaje bastante raro dentro del libro, ya que la mayoría son individuos que aunque no hagan daño tampoco actúan, son más bien espectadores.

Como he sugerido antes, el libro deja de lado la descripción de la ciudad, no crea «fotografías» de los lugares donde se desarrollan las historias. Se hace tanto énfasis en el estado de alerta y de miedo en el que vive el caraqueño que se deja la narración en un ambiente bastante incierto que no se asemeja a una ciudad en particular. Sin embargo, el libro podría resultar atractivo, pues logra el cometido de observar la ciudad desde las pequeñas historias, desde la vivencia particular de cada uno de sus personajes.